

# Experiencias de la parroquia San Ignacio de Loyola de Torrelodones, Madrid

*Gabriel María García Serrano*

*Párroco de San Ignacio de Loyola de Torrelodones, Madrid*

**M**e llamo Gabriel María García Serrano. Tengo cincuenta y dos años. Soy sacerdote desde hace veinte y estoy destinado en la parroquia San Ignacio de Loyola de Torrelodones (Madrid) desde hace ya quince años.

Después de este tiempo, os puedo decir que mi fe ha crecido. Me siento muy agradecido por lo que he recibido cuando llegué a cada uno de los destinos donde he sido enviado. Pero, además, he visto suceder delante de mis ojos muchos signos que me han hecho crecer. Agradezco la oportunidad que me brindáis, especialmente a los vicarios de Madrid y a todos vosotros, vuestro servicio por hacer cercana a los sacerdotes la paternidad del pastor. Sobre todo, en las grandes urbes, los sacerdotes podemos caer en una aparente orfandad que nos impide crecer. Mi experiencia ha sido toda la contraria: «Gracias».

Me acompaña en esta experiencia Maru López de Vicuña, madre de cuatro hijos, miembro del Consejo Pastoral de la parroquia, directora del Centro de Formación Profesional y de Formación para el empleo San Ignacio de Loyola. Ella os va a presentar nuestra comunidad parroquial, que no será muy distinta de las que conocéis, aunque también sea única. Confío en que esta experiencia pueda ayudaros para iluminar vuestras vidas, vuestra encomienda, la necesidad que todos tenemos de renovar nuestro arrojador evangelizador.

Ella cuenta cómo nuestra parroquia es relativamente joven, segregada del pueblo de Torrelodones en 1953 para cubrir las necesidades

del entorno de la estación de tren, al otro lado de la carretera de A Coruña. Durante estos setenta años de historia hemos tenido solo dos párrocos: monseñor José Ramón Fernández-Baldor, durante cincuenta y dos años y Gabi, estos últimos quince. Por iniciativa de don José Ramón comenzó el colegio San Ignacio de Loyola en 1964 y la residencia parroquial Santa María de los Ángeles en 1983. Hoy el centro educativo San Ignacio de Loyola, con FP y certificados de profesionalidad, cuenta con más de dos mil alumnos y la residencia tiene acogidos a treinta y cinco ancianos. Además de los catequistas necesarios, nuestra comunidad cuenta con nuestras hermanas auxiliares parroquiales de Cristo Sacerdote, cuatro comunidades del Camino Neocatecumenal, cuatro Escuelas de Comunidad de Comunión y Liberación (adultos y bachilleres), Renovación Carismática, retiros mensuales del Opus Dei, Vida Ascendente, seis grupos de matrimonios, grupos de amor conyugal, grupos de jóvenes Effetá, grupos de Betania (más de doscientas mujeres separadas y unos cincuenta hombres separados) y encuentros mensuales de familias de la comunidad cenáculo. Cuando tenemos las reuniones del Consejo Pastoral, son asambleas de más de cuarenta personas. Realmente la parroquia es una comunidad de comunidades.

Muchas veces he intentado tener bien organizados el colegio, la residencia y los distintos grupos de la parroquia. He perdido mucho tiempo y esfuerzos en ello. Hoy me doy cuenta de que el único modo para que la comunidad crezca es que yo me convierta, cambie, me deje tocar. Sin pasar por mi propia persona, mi propia necesidad, todas las iniciativas son superfluas hasta estériles. Los pasos que he ido dando en este tiempo son los siguientes:

1. El primer cambio para mí ha sido *usar todo lo que sucede como parte del camino (como el cerdo que todo se aprovecha)*. Cuando digo todo, quiero decir *todo*. Muchas veces mis propias equivocaciones, debilidades, goteras, incluso mis pecados. Salí del seminario sospechando que mi humanidad, cuando no un obstáculo, podría ser algo que tenía que superar para ser más santo. Sin embargo, puesta delante de otros cristianos que el Señor ha puesto en mi camino, se ha convertido en la gran aliada para verme resucitado. Mis miedos y complejos —que eran

muchos, mi formador del seminario Juan Pedro o Alfonso Lozano, que me conoce desde niño os podrían contar— han sido la gran oportunidad para comprobar cómo cuando uno pone delante de nuestra madre la Iglesia *todo* —insisto en este todo, sin dejar nada fuera— Cristo lo usa para nuestro bien. En los grupos de mujeres y hombres separados decimos que «solo Dios es capaz de sacar de un mal (como objetivamente es la separación) un bien mayor que antes». Más que de realizar estrategias y propósitos para mejorarnos, estar atento al camino que Dios está poniendo delante de nosotros para abrirnos una esperanza. Creo que este paso es decisivo para que una comunidad parroquial sea verdaderamente educativa, donde todo sume y pueda generar un sujeto cristiano maduro, que abre procesos, caminos que con el tiempo hacen crecer la fe: es la primacía del tiempo sobre el espacio, la primacía de la experiencia, este salir a las periferias en primer lugar de nosotros mismos en que tanto está insistiéndonos el papa Francisco. Me conmueve, especialmente en este tiempo tan sorprendente de pandemia, recordar cómo en el número 19 de la GS del Concilio Vaticano II, cuando los padres conciliares quisieron afrontar el origen del ateísmo contemporáneo, no lo atribuyen al pensamiento ateo (Nietzsche, Engels, Marx), sino que dicen que las causas del ateísmo están dentro de la propia Iglesia. Porque ha habido —dicen ellos— una *neglecta educatione fidei* (una errónea educación en la fe) que ha hecho que tantos hermanos nuestros rechacen lo que piensan que va en contra de su humanidad. Al bebé no le tienes que convencer para que reconozca a su madre, ni al hijo pródigo le hizo falta hacerle una monición de entrada para que se diera cuenta de que no estaba hecho para las algarrobos. Sin confrontarnos nosotros en primer lugar con nuestra humanidad nunca abriremos procesos en el seno de nuestras comunidades parroquiales que den frutos de vida nueva en el mundo. Pongo un ejemplo: Estrella Gallego, directora de la residencia.

2. El segundo paso tiene que ver con el primero: descubrir que la parroquia es para mí, no yo para la parroquia: muchas veces he vivido en función de lo que la gente esperaba de mí. Es imposible y diabólico. Recuerdo que en los primeros años, multiplicando las cenas en casas

de familias de la parroquia, de modo irónico me decía: «Ponga un cura en su vida». Yo me desgastaba, me sentía muy halagado, pero no estaba contento. Hoy sé que la parroquia, el sacerdocio, la fe se me dan para que me corrija y pueda ponerme en la posición adecuada para afrontar la vida. Si no tienes esa posición adecuada por mucho que te esfuerces acabas teniendo cuando menos un problema de espalda. Ejemplo: hace ya cuatro años —ante una decisión muy controvertida en la dirección del colegio que me hizo sufrir mucho— comencé a nadar primero quinientos, luego mil y hoy hasta dos mil metros al menos dos días por semana, me di cuenta de que es decisiva la posición con la que uno nada. Algunas veces coincido con nuestros alumnos de FP nadando. Todos ellos me superan físicamente con creces. Pero casi ninguno tiene la posición adecuada para nadar, se cansan con rapidez y toda su fuerza se pierde en el inadecuado impacto con el agua. Desde hace ya cinco años todos los cursos el profesor me abre su clase para que les explique lo que yo he aprendido de la vida nadando. Sin esta atención a lo que sucede, sin ser el primero que se sorprende ante lo que ven mis ojos, el colegio nunca habría crecido y sería hoy un colegio de cola sin ninguna proyección de futuro; la residencia habría cerrado; pero lo más importante, yo me habría perdido todas las oportunidades que he tenido para que mi fe creciera. Cada noche cuando rezamos juntos Completas en el *nunc dimittis* siempre pienso en quién se ha realizado la promesa de cada día donde yo he visto «a tu salvador».

3. Y el tercer paso, que es el que más me ha costado, que todavía estoy dándolo, pero que no deja de maravillarme. Se trata de la relación con los sacerdotes de la parroquia. En estos momentos somos tres: Ignacio Serrada, de cuarenta y cinco años (doctor en Moral por el Instituto JPII y profesor en San Dámaso), y José Delgado, de cincuenta y un años, que vive conmigo. También dando los pasos que antes os he contado, este cae por su propio peso, pero creo que de cara al pueblo de Dios es el más decisivo porque la relación entre nosotros es el inicio de la evangelización. Sin este previo, seríamos, como mucho, francotiradores. Yo mismo me he sorprendido reconociéndolos como mis grandes aliados. Aunque cada uno tenemos sensibilidades

e inclinaciones distintas, los tres estamos en tensión hacia todo. Hace ya trece años, uno de mis siete hermanos entró en la comunidad Cenáculo por diversos problemas de dependencia. Fui a llevarle a la casa de Lourdes y recuerdo que, al salir bajando por el camino que conduce hacia el santuario, rompí a llorar por lo que había visto en esa casa. Enamorado de la experiencia, pronto comenzamos a acoger en casa chicos que salían de la comunidad para incorporarse a la vida ordinaria. Desde entonces nuestra casa, incluso mi propia habitación, ha estado siempre abierta. Por razones distintas, en estos momentos tenemos acogidos a tres moritos de diecinueve y veinte años, uno de los cuales ha pedido el bautismo. Están siendo un verdadero factor de conversión para los sacerdotes y las auxiliares parroquiales. Tenerlos en la parroquia, cuando llegas agotado y no quieres ver a nadie; que te despierten a las cuatro de la madrugada cuando a duras penas quieren hacer el ramadán, descubrir que reconocen la misma providencia de Dios... Recuerdo un día, rezando juntos Laudes (qué importancia rezar juntos con algunos fieles todos los días, sorprendernos de la eucaristía dominical, confesar, es una gran gozada), de pronto me di cuenta: «¡No sé cómo me aguantan!». ¡En menudos embolados que ellos no han elegido los he metido! No dejo de conmoverme por ellos. José es la paciencia personificada y todavía más caótico que yo. Ha aceptado gustoso la apertura de nuestra casa, cuando muchas veces yo me sentía invadido por las personas que él invitaba. Ignacio conoce a todos los alumnos del colegio por su nombre. Dedicar tres días enteros de la semana a hablar personalmente con los chicos. Va pasando por las clases y los va sacando para que estos chicos, que se sienten más solos que la una, puedan contar sus preocupaciones. A la mayoría los confiesa, a otros los escucha y acompaña. A ninguno lo he elegido yo. Sin ellos no habría soportado muchos momentos críticos. Sin ellos yo no sería el mismo, la parroquia no sería la misma.

Vivamos la vida. Dios va por delante. El vacío de los jóvenes, la angustia de los niños solos, la marginación de los ancianos, el sin sentido de hombre de hoy, las consecuencias psicológicas de la pandemia reclaman un sujeto humano cristiano a la altura de la necesidad humana.

Como nos recordaba el papa: «Peor que esta crisis, es solo el drama de desaprovecharla». Vivir las circunstancias por las que Dios nos hace pasar como parte esencial de nuestra vocación, no de modo dualista, como si la realidad fuera un escenario de fondo para mi espiritualidad, sino como la escena donde Cristo sale a mi encuentro personalmente. Es para nosotros en primer lugar. ¡Gracias!